

Y aun por eso, la existencia de la propiedad no es problema, ni una cuestion, ni una pura teoría, ni solamente una verdad. Es más que todo esto, Señores. Es un sentimiento, es una creencia. Sin la idea de la propiedad, no existiría, ni tendría objeto en el mundo, el sentimiento ni la virtud de la justicia. La existencia de la propiedad no es un principio de utilidad ni de interés material; es una grande idea moral. Avanzamos más. La propiedad, cuando pudiera ser controvertible y problemática en el terreno de las cuestiones humanas, sería todavía de revelacion y de derecho divino. No es verdad, Señores, que el cristianismo haya sido en ningun tiempo comunista. Los que lo han asegurado, no han comprendido el espíritu del Evangelio, ni tienen memoria de la letra de la ley santa.

Dios dijo entre los truenos del Sinaí: "No robarás." — Decidme qué es esto sino santificar la propiedad. Jesucristo predicó á los hombres la caridad y la limosna: la caridad á todos, ricos y pobres; la limosna ¿cómo había de recomendarla á los pobres y á los mendigos? La limosna por la caridad, y el repartimiento y distribucion de los frutos de la propiedad, por virtud del amor de Dios y del amor del prójimo; la sumision tambien, en nombre de la caridad. — ¡Oh! Esta sí que es la perfeccion: esta es la resolucion del problema de la miseria humana.

Dios impuso á los hombres el trabajo. Á los ricos hizo entender que siéndolo, tenían obligacion de ser más caritativos, de trabajar más para los necesitados, de consolar á la miseria: y á esta obligacion, que no podía ser ley de la tierra, le dió en el cielo su sancion y su corona. Los fundamentos de la religion están más altos que toda filosofía. Por nuestras propias fuerzas no podríamos lle-

gar á ellos; ni la caridad ha sido nunca ni invencion humana, ni invencion filosófica.

Explicada así para nosotros la sociedad, y comprendida á esta luz, para tratar de la propiedad, en sí misma y por ella misma, ni nos sentíamos con fuerza y con talento, ni hubiéramos podido abarcar en un curso entero el conjunto de consideraciones y principios, necesario para tan árdua y complicada taréa. Y además, Señores, ¿qué importarian mis trabajos al lado de los que acaban de consagrar á tan delicado asunto, los hombres más eminentes, los talentos más claros, las inteligencias más altamente reputadas de nuestros dias? No. Nosotros sólo hemos debido exponer con qué derecho y con qué título, con qué fin y para qué objeto, se han mezclado y han intervenido los Gobiernos en la cuestion de la riqueza, demostrando cómo era legítima esa intervencion.

Acaso tengan que reconvenirnos algunos, arguyéndonos que pues afirmativamente la resolvemos, hemos ido á parar á un resultado contrario al fin que nos habíamos propuesto. De ninguna manera, Señores: nosotros no podemos detenernos en este resultado. Por lo mismo que hemos llegado á punto de demostrar que la principal y privilegiada accion de los Gobiernos en la esfera de los intereses materiales, consiste en hacer que vivan y subsistan las naciones, por eso mismo tenemos que concluir que no puede esa subsistencia, ni para la filosofía, ni ménos para la política, convertirse en cuestion ni en problema, ni ménos revestir las formas de una quimera, ni los visos de un imposible.

Y en el terreno práctico, Señores, para nosotros, ántes de la cuestion de la creacion de la riqueza, hay en el órden del interés material otra cuestion más profunda,

que es á la vez su elemento, y que la comprende; la cuestion de subsistencia. Para nosotros, — no nos cansaremos de repetirlo, — el problema no puede plantearse proclamando el medio de que todos puedan gozar. La verdadera cuestion es cómo todos pueden vivir.

Pues bien, Señores: desde que para llegar á este resultado creemos necesaria la existencia de un capital, bastante grande para que puedan conservarle algunos; desde que averiguamos, desde que consignamos que por inmenso que fuera, si lo poseyeran todos, sería para disiparle y hacerle morir, la cuestion de la propiedad quedaba reducida á saber si la posesion de ese capital debía estar en manos del poder colectivo, por medio de una organizacion comunista, ó en manos de una clase de la sociedad, por medio del fenómeno social de la produccion de la riqueza.

Propuesta así la cuestion, Señores, claro es, — ya lo habeis podido echar de ver en vuestra ilustrada penetracion, — que no podíamos ménos de llegar á las consecuencias que habíamos anunciado. La organizacion comunista, confundiéndose en último resultado con la distribucion del capital, no satisface las condiciones de la civilizacion y de la humanidad; la organizacion politica y social, fundada en el interés individual de una clase más ó ménos libre, más ó ménos limitada, puede llegar á la solucion del problema de la subsistencia; pero al ideal de la riqueza y de la fortuna, como el socialismo y la economía política lo habian propuesto, no puede llegar organizacion alguna.

Este problema, Señores, no en vano lo hemos comparado al de endulzar el Océano. La cuestion para nosotros no podía ser esa absurda quimera. Resignados tambien

en cuanto á esto, á la ley de la naturaleza, tenemos que contentarnos con esa ténue evaporacion del sol, y pensar en aprovechar para la sed, para el riego, para la navegacion y para fecundar la tierra, los veneros de las fuentes, el raudal de los rios y la benéfica lluvia de los cielos. — Al Océano, Señores, tenemos que dejarle su amargor y sus tempestades, sus maréas, su bramido y sus inevitables naufragios.

III.

El mundo va siendo ya viejo, Señores: todo se ha ensayado ya en él prácticamente por la política y por los Gobiernos; hasta el régimen comunista, hasta la concentracion del capital y de la tierra por el poder político. Y aun allí donde se dejó á una clase la propiedad de la tierra y el poderío de acumular riqueza, vemos conservada como obligacion directa de los Gobiernos, y como cargo del Estado, el cuidado inmediato y diario de la subsistencia de la muchedumbre.

Pero en las sociedades en que se hicieron estos ensayos, y en que se reconocieron estas obligaciones, nunca se llegó al resultado que se logra para la subsistencia general por medio del trabajo y de la produccion pacífica. Las sociedades en que el poder se encargó de la subsistencia general, necesitaron el despojo, la guerra, la depredacion, la conquista, y despues de todo, la servidumbre. Roma y las repúblicas griegas necesitaron robar para vivir. Para distribuir á la plebe hambrienta el diario sustento, necesitaron reducir á la esclavitud y á la miseria á la mitad del mundo; y esas distribuciones, que

abolían el trabajo, y ahogaban el estímulo de la actividad humana, no hacían más que perpetuar la miseria y la degradación.

Pero todavía para concebir éste régimen, para dar consistencia á ésta organización, para sostener y dilatar el principio de la guerra y del despojo, condición indispensable de esa precaria subsistencia, tenemos que recordar que no era ésta necesidad misma el principio en cuyo nombre se hacía la guerra; que ninguna nación del mundo había tenido la impudencia de proclamarlo, y que en nombre de este intento y de este propósito, no hubieran podido nacer el patriotismo, las virtudes y el heroísmo necesarios para realizarlo. El poder de Roma y de Grecia sobre las demás naciones, representaba la civilización y la ley; la unidad y la ciencia; la libertad y la protección. Sobre la necesidad de vivir descollaba un fin y un principio más alto, de grandeza moral y de superioridad política; y no eran solamente los trigos de Egipto y los vinos de Chipre los móviles de aquellas formidables legiones, que oían resonar en los bosques de la Germania, como en los arenales de Palmira y en las gargantas del Pirineo, aquella voz eléctrica y sagrada, que gritaba desde la altura del Capitolio:

Tu regere imperio populos, Romane, memento.

Y la otra solución que conocemos, la organización moderna, distribuyendo la riqueza, y remitiendo la formación de los capitales á la actividad del trabajo y de la industria humana, no olvidéis, Señores, que esta organización,—aun cuando tan satisfactoriamente se explica y se comprende,—no se improvisó así; que á la posibilidad de esta situación hemos llegado, después de pasar por

otras condiciones muy distintas del régimen que en el día alcanzamos; que la libertad actual de la producción se fundó sobre la base de un capital previamente acumulado ó recogido por la sociedad; que necesitó también la intervención del poder público, y revistió asimismo diversas formas y caracteres distintos, que sería curioso é instructivo seguir á través de la historia de los pueblos modernos.

También esta organización en sus principios necesitó la guerra; también necesitó del trabajo social; también se fundó en la ocupación de la conquista; también tuvo que repartir el territorio en manos de una clase; también tuvo que asegurar la subsistencia de las masas por medio del vasallaje feudal y del trabajo obligatorio; también tuvo que dejar á clases menesterosas aprovechamientos comunales; también se vió obligada á impedir el repartimiento individual de las tierras y de los capitales, por medio de la amortización y de las vinculaciones; también dictó leyes á la industria por medio de los gremios.

Y si es verdad, Señores, que todas estas instituciones se presentan ahora á nuestros ojos como fenómenos de la barbarie, ¿seremos capaces de afirmar que sin estos elementos, é instituciones y formas, hubieran llegado esas sociedades bárbaras al período de cultura y de civilización, en que nos ha tocado vivir? ¿Seremos capaces de afirmar que estas naciones en sus principios hubieran provisto á su subsistencia, y á su crecimiento y desarrollo, por medio de un repartimiento individual y comunista del capital primitivo, por medio de la libertad omnimoda de las desvalidas y niveladas muchedumbres? ¿Podremos atrevernos á afirmar que las sociedades

hubieran andado desde el primer día fuertes, erguidas y vigorosas, sin estos, que ahora nos parecen andadores y castillejos? Cuestion es esta, Señores, demasiado árdua y profunda, para que nuestras limitadas fuerzas se atrevan á resolverla.

Examinando las condiciones de la civilizacion presente, aprendamos, Señores, á respetar la historia de lo pasado, como obra de la Providencia y de la necesidad. Esa barbárie ha producido la civilizacion actual. Lo que de esta civilizacion hereden los siglos futuros, no lo podemos predecir nosotros. Lo único que sabemos es que ésta organizacion satisface más completamente que la antigua á las necesidades de los pueblos; que las sociedades y las razas antiguas casi desaparecieron; que los pueblos de nuestros días, por más que presenten fenómenos de revolucion, no ofrecen síntomas de decadencia, de desaparicion y de muerte. La subsistencia material de las naciones modernas está asegurada; y esta es una gran conquista sobre lo pasado. Preguntadlo á la Historia.

Pero la subsistencia nada más, Señores. De las dos soluciones que dejamos enunciadas, de los dos sistemas, que más ó ménos completamente han ensayado las sociedades,—ya lo véis,—ninguno ha podido resolver el problema de la riqueza universal, de la riqueza individual, de la riqueza de la mayoría. Luego esta condicion, Señores, no es la condicion de la sociedad. Luego cuando se le señala éste fin quimérico por la filosofia, y cuando se propone por la política éste resultado imposible, se lanza en el seno de las sociedades un gérmen de luchas, se arroja sobre las muchedumbres una téa de revolucion, se destila en el ánimo de los individuos una corrosiva ponzoña de encono y de egoísmo.

Luego hay que señalar á las sociedades otro destino, á los Gobiernos otra mision; luego hay que fortalecer á los individuos en una creencia ménos falsa que esa esperanza irritante y engañosa. Luego tenemos que decir á los hombres y á las sociedades, á los súbditos y á los Gobiernos: "La riqueza de una minoría es una condicion necesaria para la subsistencia general; pero la condicion general, es la expresion vulgar—profundamente filosófica y sencillamente cristiana,—*ganar la vida.*" Y para conservar y dirigir á las sociedades en esta condicion, es menester vivificarlas con un principio, con un sentimiento, con una virtud ó con una creencia, indispensables para someterse á esta desigualdad y á esta ley, como nos sometemos ó resignamos á la necesidad del dolor y de la muerte.

Y luego me diréis que saco consecuencias duras, tiránicas, desapiadadas.... ¿quién sabe si revolucionarias? ¿quién sabe, si demagógicas? ¿quién sabe, si absolutistas y opresoras? Es verdad, Señores, que á las veces el hombre no es dueño de sus idéas, aunque sean errores: y si lo fueran las mias, nunca he abundado tanto en mi propio sentido, que me avergonzara de retractarme de mis juicios ante el escándalo ó el peligro de desastrosas consecuencias. Pero si el hombre no siempre es dueño de sus raiocinios, lo es de su voluntad, lo es de sus intenciones; y yo puedo responderos de la sinceridad y rectitud de las mias en la exposicion de mis doctrinas, en el dogmatismo,—que tal vez parezca escéptico,—de mis modestas creencias.

No faltará quien piense que yo quiero condenar á eterna y estacionaria pobreza á las naciones. No, Señores; no es ese mi intento. Solo quiero decir que considerando

siempre á los pueblos y á la humanidad como un sér colectivo, he creído encontrar, que por medio del interés, ni aun las cuestiones de interés se resuelven; y que el adelanto material de los pueblos nunca puede llegar á tan alto punto, que baste él solo para ser la ley y el destino de las sociedades. Afirmo que esta satisfaccion de todo deséo y de todo interés, será siempre escasa é imperfecta; y que si las sociedades antiguas conservaron su vida y su unidad, á favor de principios más fecundos y activos que el interés, cuando á su satisfaccion se oponía el atraso de una civilizacion imperfecta, no ménos necesario es un sentimiento, una creencia, una virtud social, cuando la satisfaccion de las necesidades solo tiene por obstáculo la limitacion y natural flaqueza de la condicion humana.

Si esto es duro, y bárbaro, y desconsolador, Señores, proclámese lo contrario. Que la inteligencia de los que meditan, y la experiencia de los que mandan, sigan erigiendo en principio que el interés individual se basta y se sobra á sí mismo; que el interés material basta y sobra para la sociedad. La lucha, la revolucion, la guerra, la demagogía, los intentos de trastornos radicales, el levantamiento de las masas, la irritacion de las pasiones y apetitos sin freno, y la agitacion corrosiva de esperanzas burladas y escarnecidas, vendrán, Señores, de donde vengan; pero de seguro no vendrán como consecuencia de estas palabras.... que se llaman duras, de estas doctrinas despiadadas; de estos acentos de un corazon empedernido, que no sabe decir á las turbas: "Teneis derecho á ser ricos ó á despojar á los que lo son: teneis derecho á gozar, ó á degollar á los que gozan."

¡Oh! sí, es mucha barbárie, mucho retroceso, mucha dureza, mucha impiedad decir á los hombres: "trabajad

y sufrid! Algunos de vosotros seréis ricos, y esa riqueza sobrante será el elemento del trabajo y de la subsistencia de los demás. Trabajad y vivid; que vuestra taréa es el trabajo y la vida. La riqueza es un fenómeno excepcional, necesario para la subsistencia social; pero vuestra condicion general no es físicamente más que lo que llamais "ganar la vida." Trabajad y vivid; y los que no llegueis á ser poderosos y opulentos, sabed que sin ese fausto y esa opulencia de algunos, no trabajaríais, ni viviríais, porque os moriríais de hambre. Trabajad y vivid; y pues que la riqueza general es un fin quimérico sobre la tierra, otro será el fin, y otro el destino, y otro el objeto para que vosotros vivais, para que las sociedades vivan, para que vosotros formeis parte de esa sociedad, cuya existencia sola no puede ser tampoco su fin último y exclusivo.

Soldados de fila de los grandes ejércitos de la humanidad!.... los caudillos célebres á cuyos piés se prosternó el mundo, no tenían oro para todos sus soldados, no tenían el baston de mariscal, ni los tres entorchados de Capitan General, sino para muy pocos. Y cuando llevaban sus tropas por dilatados y desiertos climas, desnudos, helados y hambrientos, á algunos podría sonreírles la fortuna; pero ellos no prometían á sus legiones sinó la victoria. No tenían para todos un manto de armiños, ó una corona ducal; pero para todos tenían una sonrisa de entusiasmo, y una cinta teñida con los colores de la gloria. No tenían para todos pan candeal y viandas exquisitas; para todos, sí, palabras de fuego, y miradas magnéticas, y gritos de entusiasmo.

Y ellos iban á la muerte sin pan y sin zapatos, porque no peleaban por vestirse y calzarse; ellos iban al marti-

rio, sin goces y sin esperanza, porque el nombre de la Patria, ó el amor de su General, eran su bien y su tesoro. Ellos hacían prodigios de heroísmo en los días de batalla, empeñándose mil veces, aunque la fortuna no les alcanzara; y en los días de la desgracia, y en la confusión de la derrota, enterrados en masas de hielo ó de arena calcinada, ó envueltos en las ondas de un río impetuoso, luchaban desde el fondo del abismo, por subir un momento sobre la superficie de las aguas, para poder gritar en su agonía: «¡Viva el Rey! ¡Viva España! ¡Viva el Emperador!» y morir en un éxtasis de gloria.

Y bien, pobres soldados de la humanidad: ¿no seréis capaces de creer que lo que hicieron Viriato y el Gran Capitán, y Hernán-Cortés, Napoleón, ó César, ó Alejandro, ó Pedro el Ermitaño, ¿no lo puede hacer el Dios poderoso, que os ha dado el alma y la vida, y que encendió las de ellos? Por lo mismo que no habría ejército si todos hubieran de ser mariscales y caudillos, ¿no comprendéis que el destino de vuestra vida es el resplandor de la aureola de su gloria? Porque no es sinó de algunos la carroza del triunfador, y porque la suerte de todos no es más que la ración del soldado, ¿no imagináis que esa hueste va á otro fin y á otra conquista, que al mero y pobre goce del diario sustento?

Soldados de fila de la humanidad: en esa campaña no concluida, cuya epopeya es la historia del mundo, ¿creéis que el Dios de los ejércitos os ha enviado al campo de batalla para daros festines y banquetes, y que no hay al fin de esas penalidades, y de esos rudos trabajos, un destino más grande que la conquista del Asia, un sol más resplandeciente que el sol de Bailen ó el de Austerlitz? Si los soldados de Bonaparte se embriagaban de entusias-

mo en los arenales del Nilo, porque una voz les gritaba á vista de las Pirámides: «cuarenta siglos os contemplan.....» si los españoles los contrastaban después, y venían con su sublime «NO IMPORTA!.....» ¿no podréis reconoceros invencibles, cuando en los desiertos del mundo, os grita una voz poderosa: «Dios os vé: la Patria os sonríe; la eternidad os espera!.....»

¡Oh! Yo sé que cuando esta voz suena en vuestro corazón, no reparáis en la marcha penosa, ni en el calor que ahoga, ni en el suelo que punza, ni en el pobre alimento, ni en vuestros gloriosos harapos. No creéis desventura ni desastre que haya cadáveres mutilados, heridos que se lamenten, columnas barridas por la metralla, divisiones que se dispersen, batallones que se hundan en una sima. Más allá está la gloria, el placer, el lauro, el Hossana y el *Te Deum!* Soldados de la humanidad: esa es la vida, ese el destino..... lo pasado y el porvenir!

Un ejército sois: un caudillo os guía; á una conquista vais. ¿Cuál es ésta? Ese es el secreto del que os lleva. Pero cuando por el desierto os conduce, y con tantos padecimientos os prueba, no, no hay que dudarle, yo puedo decíroslo: que no para ese desierto, ni para ese padecer os sustenta; después de esas asperezas está el más allá!.... Y ese más allá es la Patria verdadera, donde todos son ya ricos, donde cesó el trabajo, donde se ignoran las lágrimas, donde con la realidad queda ya ociosa la esperanza!

Esa es la palabra que yo os digo: que sea esa vuestra creencia, y veréis cómo no se encrudecen sobre la tierra ni el disolvente y seco anhelar del egoísmo, ni el odio de la riqueza, ni la desesperación de la miseria, ni la insolencia de la fortuna; ni esos grandes motines sobre pan, que han dado en llamar revoluciones.

Y ahora, Señores, decid lo que querais de la dureza de mi doctrina, y buscad otra de más consuelo. Decid lo que querais de lo fantástico de mis promesas, y dad otras al mundo, de mayor verdad.

Que la verdad de las mias, Señores,—ya lo sé,—no es la verdad del socialismo, ni de la filosofía, ni de la economía política; pero es la verdad de la Historia, es la verdad del corazón, es la verdad del sentimiento y de la conciencia del género humano.

LECCION OCTAVA.

DEL TRABAJO, Y SUS CONDICIONES.

I.

Algunos han dado en creer, Señores, que ninguna verdad práctica puede ser demostrada sinó por la Estadística, y que todas las proposiciones que se asientan en aquellas ciencias y doctrinas que interesan á la condicion del hombre en la sociedad, deben estar sostenidas en series muy compactas de números.

Yo tampoco acostumbro despreciar, y no desdeñaré nunca las observaciones estadísticas. Más de una vez han rectificado algunos errores: más de una vez han puesto á los hombres en camino de llegar á verdades profundas; pero tambien sé que con números solos nada se prueba, por la razon sencilla de que con números se prueba todo.

Los números sirven para calcular la progresion de un hecho general; no para encontrar la ley del hecho mismo. Con la Estadística se hacen las comprobaciones de la mortalidad humana; pero de seguro no necesitamos de ella, para saber que dentro de un siglo no quedará nadie de la generacion actual; ni es ella la que nos ha de demostrar el problema fatal de la muerte. De la misma manera no fué el cálculo, no fué el álgebra la que reveló á Newton la ley de la gravitacion celeste, por más que haya